



Revista de Fomento Social, XLVII (1992), 237-241

La XXXVI Semana Social: una oportunidad perdida

La Semana Social, que viene celebrándose en España desde 1906, ha tenido su sede este año en Córdoba, organizada por una entidad bancaria estrechamente vinculada a la iglesia local, lo que le ha dado un carácter empresarial-clerical que ha sido muy criticado por distintos colectivos de la ciudad. El prof. G. Rul-lán, que asistió a estas jornadas, hace una reflexión crítica sobre las mismas que, en su opinión, refleja el sentir de muchos cristianos de base.

————— G. RUL-LAN BUADES (*) —————

Del 13 al 16 de febrero de este año se celebró en Córdoba la XXXVI Semana Social de España que fue, sin duda alguna, una gran oportunidad perdida debido, tanto a la organización como al contenido que se le dio y a los participantes en la misma.

El Programa. La Semana social empezó con el canto del "Veni Creator" y terminó con la Santa Misa en la Catedral con una homilía del Sr. Obispo de Córdoba. En la sesión inaugural el canónigo de la catedral Sr. Miguel Castillejo dio el discurso de bienvenida, luego siguió la lección de apertura del Cardenal Suquía sobre "La empresa a la luz de las orientaciones del Sínodo sobre Europa" y la lectura del mensaje pontificio por parte del Nuncio de Su Santidad.

El segundo día hubo dos ponencias, una a cargo del Sr. Josef Mertens, Secretario

(*) Profesor de ETEA.

General de la UNIAPAC, titulada "Progreso, cooperación y solidaridad en Europa: la empresa ante los desafíos del desarrollo socio-económico de la promoción regional a la luz del pensamiento cristiano", y otra por el catedrático de Derecho Mercantil Profesor Manuel Olivencia sobre "Estado y libre empresa ante los problemas sociales actuales ¿enfrentamiento o cooperación?". Y dos Seminarios: uno sobre "Propiedad y función social de la misma" y otro sobre "La empresa y la brecha norte-sur", dirigidos por dos sacerdotes, uno canónigo de Salamanca y el otro profesor del Angelicum de Roma.

El tercer día hubo también dos ponencias. La primera, a cargo del catedrático de Economía prof. Francisco Mochón, sobre "Capital y trabajo en el marco empresarial a la luz de la Doctrina Social. Especial referencia al caso andaluz", y la otra por el catedrático de Sociología Industrial prof. Rafael Lopez Pintor, consistente en un "Análisis sociológico del empresariado andaluz". Esto fue seguido de dos Seminarios, también dirigidos por dos sacerdotes, sobre "Trabajo, capital y función empresarial en el desarrollo económico y social" y sobre "Papel de los agentes sociales en el progreso andaluz"

Los actos de inauguración y cierre, así como la elección de catedráticos como ponentes y sacerdotes como directores de los seminarios, ya pueden dar una idea del enfoque puramente teórico y clerical que tuvieron las distintas intervenciones. Y esto no podía ser de otra manera dado el tipo de personas que asistían a esta XXXVI Semana Social de tres días.

Los participantes. Tratándose de llevar a cabo una reflexión seria sobre la empresa, uno hubiese esperado que los participantes y ponentes fuesen las personas que forman esta empresa objeto de reflexión: los representantes del capital y los representantes del trabajo, ayudados, a lo más, por algunos teóricos en la materia. Pero la verdad es que sólo había empresarios y clero, mucho clero. El día de la inauguración, en la mesa presidencial formada por nueve personas, siete eran clérigos: un nuncio, un cardenal, dos obispos y tres sacerdotes, y solo dos seculares: el Secretario de las Semanas Sociales y otra señora.

Desde un principio se vio claro que para los organizadores de la Semana social y para los participantes en la misma, la empresa se concebía únicamente como un capital que utilizaba diversos medios materiales y humanos para alcanzar sus objetivos, y, por tanto, el que estuviesen presentes sólo representantes de este capital para reflexionar sobre su empresa, se daba por descontado. Ya en la primera sesión los ponentes se dirigieron únicamente a "Vds. los empresarios", así el cardenal Suquía, citando a Juan Pablo II, habló a los "queridos industriales, con vuestro dinamismo, espíritu de iniciativa, férrea voluntad, capacidad creativa y de riesgo". Pero para los muchos también que forman parte esencial de la empresa, y no como meros instrumentos de producción, sino como parte esencial de la misma: los trabajadores, ni el Sr. Cardenal

ni ninguno de los ponentes tuvieron una sola palabra.

De hecho, ninguna de las organizaciones cristianas de trabajadores, como la JOC o la HOAC, y mucho menos los sindicatos no confesionales, habían sido invitados a esta Semana Social que iba a estudiar, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, los problemas de la empresa. La impresión que uno sacaba es que se había intentado, por todos los medios, evitar el oír cualquier voz discordante en el plácido discurrir de las jornadas.

El contenido. Pero sin duda lo más pobre de esta Semana Social fue el contenido mismo de las Ponencias y Seminarios. La XXXVI Semana Social tenía como tema monográfico "La Dimensión Social de la Empresa a la Luz de la Doctrina de la Iglesia", pero de la empresa como tal no se habló. No se dijo nada de la responsabilidad de un cristiano frente a hechos y situaciones como el fraude fiscal y a la Seguridad Social, la doble contabilidad, la correcta distribución de las rentas entre salarios y dividendos, las inversiones más especulativas que creadoras de riqueza, el secreto profesional, el uso de información privilegiada para su propio provecho o el de sus amigos, la competencia desleal, el espionaje industrial, los contratos en precario, la falta de formación del personal, las necesarias medidas de seguridad e higiene en el trabajo, el nepotismo en la contratación, los derechos de la mujer en el trabajo, la contratación de emigrantes, las relaciones con los sindicatos y los clientes, la publicidad no veraz, las obligaciones hacia el medio ambiente, etc. De todo esto no se dijo ni una sola palabra.

No es necesario decir, que los problemas, hoy tan debatidos, de los peligros de la concentración del poder económico en manos de unos pocos, o de la relación entre poder económico y poder político, o no se trataron, y los conceptos de democracia económica, democracia industrial, o participación obrera, ni se mencionaron durante las tres jornadas que duró la Semana Social. En un Seminario se hizo alusión a la recomendación de los Papas de atemperar el contrato de arrendamiento de trabajo con el contrato de sociedad, pero el tema ni siquiera suscitó una pregunta por parte de la audiencia empresarial-clerical, quizás porque no entendieron el tema o les pareció demasiado utópico para discutirlo. Y a un joven que se atrevió a mencionar la idea de la autogestión en la empresa se le respondió con un paternalista "sigue soñando, ya despertarás cuando crezcas".

La XXXVI Semana Social, ciertamente no fue sobre la empresa, sino sobre el sistema de libre empresa o sobre la economía de mercado. Y en esto sí que se explayaron tanto los ponentes como los asistentes a las jornadas, dando la oportunidad a todos ellos a regocijarse conjuntamente por el fracaso de los sistemas económicos de Rusia y sus países satélites. Una y otra vez se habló de lo malo que es el comunismo, de los defectos intrínsecos del socialismo, de los peligros del intervencionismo estatal, ("el recurso al Estado Asistencial conduce de hecho a una disminución progresiva de la li-

bertad” afirmó el cardenal Suquía). La libre empresa, la libre competencia y la economía de mercado, por el contrario, se presentaron como la panacea para todos los males, y lo más acorde con la doctrina social de la Iglesia, pues, como dijo el mismo cardenal Suquía “la Doctrina Social de la Iglesia no ha condenado como intrínsecamente perversa la lógica capitalista en cuanto tal...las desigualdades e injusticias no se evitan corrigiendo el sistema capitalista con rasgos tomados del sistema socialista”.

La tesis central de toda la Semana fue: la propiedad privada de los medios de producción es la garantía de la libertad económica; sin libertad económica, el individuo no puede desarrollar su iniciativa personal y su creatividad; la libre competencia es el único instrumento posible de organización de la sociedad económica actual. Es verdad que el capitalismo tiene sus peligros, pero estos no son intrínsecos al mismo sistema y puede corregirse con los llamados “elementos correctivos éticos y morales”. Por el contrario, el socialismo, en todas sus formas, es la causa de los males del mundo actual. En esta línea de pensamiento del más puro liberalismo, el tono de estas jornadas lo dio el Presidente de la UNIAPAC al afirmar abiertamente, y sin que nadie se atreviese a contradecirle, que “habían sido los curas infectados de socialismo y la teología de la liberación los que habían destruido a los países de América Latina”.

En toda la Semana Social se detectó una total confusión entre conceptos filosóficos, políticos, económicos y sociales, comparando las ideas religiosas de unos con las realizaciones materiales de otros, los sistemas políticos con los sistemas económicos, las técnicas económicas de uno u otro sistema con sus valores y aspiraciones. Se criticaba por igual al comunismo como al socialismo, sin matización alguna, y todos ellos eran condenados por igual. Se hablaba del ateísmo comunista, como si el capitalismo fuese más religioso; se daba por descontado que el fracaso de los regímenes comunistas era debido a su olvido de la persona humana, como si el capitalismo en su búsqueda del beneficio tuviese muy en cuenta a esta misma persona humana; se criticaba la falta de propiedad privada de los medios de producción en los países del Este de Europa, olvidándose que en el capitalismo también son muy pocos los que disfrutan de este derecho, estando los medios de producción acumulados en manos de unos pocos, por los que trabajan los muchos.

Después de hablar de “las grandes sociedades nacionales, regionales e internacionales que pueden coordinarse en forma eficiente únicamente a través de la libre competencia”, se describía un tipo de empresa más bien artesanal en la que el hombre encuentra su autorrealización en un trabajo realmente creativo. Se repitió lo tantas veces oído, de que el trabajo es una participación en la obra creadora de Dios, ignorando los muchísimos trabajos monótonos, repetitivos y absurdos que todavía se realizan en muchos centros de producción, organizados según los más puros principios del taylorismo. En este contexto tampoco se habló de los millones de niños que en

muchas partes del mundo realizan unos trabajos que los embrutece e impiden un adecuado desarrollo, no sólo espiritual sino hasta biológico. No se habló de todos aquellos hombres y mujeres y niños que más que participar en la obra creadora de Dios, participan en la obra redentora de Cristo, crucificados como están a inhumanos puestos de trabajo.

Sólo un ponente, economista de profesión, el catedrático Francisco Mochón, intentó atemperar un poco el entusiasmo de los asistentes a la Semana Social por el sistema capitalista y el libre mercado, recordándoles que "los fallos del mercado plantea serios problemas de eficiencia a la competencia" y que "una economía capitalista con propiedad privada genera inercias que conducen a actuaciones estratégicas y asignaciones de recursos ineficientes". El profesor Mochón pidió a la Iglesia una postura más crítica y matizada sobre las virtudes del sistema de libre mercado, pues esto, como dijo, "evitaría que algunos autores cuando analizan el capitalismo y formulan afirmaciones discutibles apelen, más o menos directamente, al respaldo de la doctrina social de la Iglesia". Esto sería mucho más conveniente, siguió diciendo, cuando se afirma que la economía de mercado distribuye mejor que cualquier otro sistema, incluso mejor que ciertas medidas de lucha contra la pobreza típicas del Estado de Bienestar, o se recomienda, sin más, "la revolución capitalista como mejor camino de liberación para el Tercer Mundo".

Este seglar fue el único que tuvo el valor de mencionar la opción preferencial por los pobres al decir: "Cabe la duda de si la Iglesia, por algunos de sus mensajes que en los últimos tiempos esta dando, es consciente de que esta siendo utilizada para validar comportamientos tradicionalmente alejados del mensaje inicial del Evangelio, como es la opción preferencial por los pobres. De este modo, la reciente proliferación de trabajos sobre los valores éticos del capitalismo es cuanto menos sospechosa". Pero el sentido de estas palabras y advertencias fueron difícilmente captadas por una audiencia sólo interesada en oír lo que querían oír: el fracaso del socialismo y las virtudes de un sistema en el que, como dijo un ponente, "la invisible mano de Adam Smith se junta a la fraternal mano de la solidaridad", para construir un mundo mejor según la doctrina social de la Iglesia.

La XXXVI Semana Social, que hubiese podido ser una gran oportunidad para reunir en un misma mesa a los hombres y mujeres que forman la empresa, con el fin de reflexionar, a la luz del Evangelio, sobre ella y su importancia actual, se convirtió en una plataforma para repetir unos, clérigos y teóricos, lo que los otros, los representantes del capital, querían oír: verdades archisabidas, que muy poco les harían cambiar sus formas de pensar y hacer en el mundo económico y empresarial. Se dejó pasar una gran oportunidad y una vez más la función profética de la iglesia apareció dormida. Si el siglo pasado la Iglesia perdió a la clase trabajadora, no puede pensarse ahora, que con este tipo de Semanas Sociales vaya a reencontrarla de nuevo.